

Ocho siglos de guerras continuas con los moros, usurpadores de la península, dejaron una profunda huella en el carácter y costumbres de los españoles. Los combates fueron una ocupación ordinaria que se mezcló en sus asuntos domésticos y en sus hábitos individuales. El español nació soldado. La especie de guerra cruel y rapaz que se hacía, imprimía en ellos una especie de caballerismo salvaje, debidos al pillaje y merodeo que creían de derecho. Su caballo y su lanza estaban siempre dispuestos á la pelea; era su mayor delicia emprender escursiones arriesgadas y extravagantes aventuras, y nada les agradaba tanto como volver á sus casas cargados de despojos y con cautivos procedentes de las infelices provincias asoladas por sus armas. Como la religion ha ejercido siempre gran predominio sobre el entendimiento de los españoles, animábalos santificando su propension al robo y al pillaje hasta el extremo de que un caballero castellano que devastaba los campos de un vecino musulman, cria piadosamente que todo esto era en honra y gloria de Dios.

La conquista de Granada dió fin á la guerra entre cristianos y moros, el espíritu caballeresco de los españoles se vió repentinamente privado de su centro de acción, pero habia sido excitado por largo tiempo, y no podia reposar de improviso. La juventud, educada en medio de los disturbios, ansiaba distinguirse por medio de extraordinarias aventuras, huyendo del reposo que una vida pasiva y regular trae consigo, deseaba un ancho campo que abriese un porvenir á sus romancescas imaginaciones. Tales fueron las felices coyunturas en que el gran proyecto del Almirante se llevó á ejecución. Su tratado con los Reyes Católicos debió firmarse con la propia pluma que firmó la capitulación de Granada, y su primera expedición puede decirse que salió de los mismos muros de la ciudad rendida. Una porción de caballeros jóvenes que habian blandido sus espadas en aquella famosa guerra, se apresuraron á embarcarse creyendo que iba á abrirseles una nueva carrera de gloria, una especie de cruzada en regiones desconocidas donde reinaba la idolatría. Las lanzas y armaduras que se habian usado contra los moros, salieron de los arsenales para equipar á los héroes del descubrimiento y algunos de los mas célebres capitanes de los ejércitos que marchaban contra el Nuevo Mundo, habian ejecutado sus primeras hazañas bajo las banderas de Fernando é Isabel, durante las románticas y helicosas correrías de estos al través de los hermosos montes de Andalucía.

De ahí provino, en gran parte, el espíritu á la vez belicoso y caballeresco, mezclado con la áspera franqueza del marino, y la sordida ambición del mercenario aventurero, que caracterizó las primeras expediciones de los españoles. Embarcáronse estos en las galeras expedicionarias, arrastrados por sus deseos de aventuras, abandonaron la tierra y se lanzaron á los mares; acompañándoles á los ásperos desiertos del Nuevo Mundo, el mismo desprecio del peligro, la propia fortaleza en los sufrimientos, igual in-

quietud de espíritu, idéntica pasión por el pillaje, y las gloriosas hazañas, y un celo ferviente y con frecuencia supersticioso por la propagación de la fe, no inferior al que habian mostrado durante la prolongada guerra de los moros. Repetidas pruebas de ello se ven en la extravagante excursión del intrépido Ojeda, particularmente en sus aventuras en Costa Firme, y por las desiertas playas de Cuba; en la triste historia del infortunado Nicuesa, á pesar de estar adornada con algunos toques de la mas selecta educación y cortesanía, en el singular cruzero del viejo y valiente aunque crédulo caballero Juan Ponce de Leon, que sucumbió en las encantadoras costas de la Florida, buscando la imaginaria fuente de la juventud; y sobre todo en la mala fortuna que tuvo al fin Vasco Nuñez de Balboa, cuyo descubrimiento del Océano Pacifico forma uno de los mas bellos y admirables episodios de la historia del Nuevo Mundo, y cuyos hechos suministran abundante materia para formar un poema ó un drama maravillosos.

Las extraordinarias acciones y aventuras de este hombre, al paso que rivalizan con las que nos refieren los romances de la caballería, tienen además el interés de la verdad; y nos llenan de admiración, el atrevimiento y las heroicas cualidades, inherentes al carácter castellano, que condujeron la España á tan alto grado de poder y de gloria, cualidades que todavía distinguen en la gran masa de un pueblo los que tienen ocasión de juzgarlo imparcialmente.

Antes de concluir esta reseña preliminar, cumple al autor manifestar lo que debe al tercer tomo de la inestimable colección histórica de don Martín Fernandez de Navarrete, en la cual este autor da pruebas de su laboriosidad, aptitud y criterio. También se ha aprovechado mucho del segundo tomo de la *Historia general de Oviedo*, que no existe sino manuscrita, y cuya copia encontró en la librería Columbiana de la catedral de Sevilla.

Igualmente le han servido los documentos del pleito entre don Diego Colon y la corona que existen, en los archivos de Indias, y que hubo ocasión de examinar, gracias al permiso que para ello le otorgó el gobierno, las benévolas atenciones del inteligente archivero don José de la Higuera y Lara. Estos trabajos históricos y los de Herrera, las Casas, Gomara y Pedro Martir, han sido las autoridades que ha consultado para la relación de los hechos consignados en este escrito, cuya lectura no le ha parecido bien interrumpir con continuas llamadas.

Mientras se estaba imprimiendo esta obra, recibió un volumen de biografías españolas, escrito con la mayor elegancia y precisión por don Manuel José Quintana, que contiene la vida de Vasco Nuñez de Balboa, y notó con la mayor complacencia que todos los hechos relatados por este humilde escritor se hallaban generalmente de acuerdo con los que él habia atribuido al navegante. Tuvo, sin embargo, que corregir algunas fechas y hacer otras pequeñas alteraciones, tomadas del volumen del señor Quintana, cuya posición en España le daba medios de ser más exacto en estas materias.

ALONSO DE OJEDA,

SU PRIMER VIAJE,

ACOMPAÑADO DE

AMÉRICO VESPUICIO.

CAPITULO PRIMERO.

Noticia acerca de Ojeda.—Juan de la Cosa.—Américo Vespucio.—Preparativos de viaje.

Los que hayan leído la Historia de Colon, sin duda recordarán el carácter y las proezas de Alonso de Ojeda; pero como es probable que algunos de nuestros lectores no tengan conocimiento de aquella obra, y como nos proponemos trazar el cuadro de los hechos posteriores de este joven aventurero, no nos parece superfluo hacer aquí en breves líneas su bosquejo.

Alonso de Ojeda era natural de Cuenca, en Castilla la Nueva, é hijo de una familia respetable. Recibió una regular educación, y entró en calidad de paje al servicio de D. Luis de la Cerda, duque de Medina-celi, uno de los nobles mas poderosos de España, y él mismo que por largo tiempo protegió á Colon durante su permanencia en la corte (1).

En aquellos tiempos de guerra y tribulación, en que la península se hallaba perturbada á la vez por las continuas desavenencias de los reyes cristianos, las contiendas entre los nobles y la corona, y por la guerra incesante y devastadora con los moros, el caso de un noble español era una escuela perfecta de armas, adonde todos los jóvenes de las cercanías acudían para instruirse en toda especie de duros y penosos ejercicios, y para ser conducidos al combate bajo una ilustre bandera.

En este caso se hallaba especialmente el servicio del duque de Medinaceli, que poseedor de vastos dominios, rodeado de una pequeña corte y capitaneando en persona numerosas huestes de vasallos, se presentaba con tanta pompa y magnificencia, que mas bien podia juzgarse aliado que súbdito de los reyes.

En las mas árdidas empresas era el primero que se arrojaba al peligro, y mas de una vez se le vió dar muestras de un valor heroico durante la memorable guerra de Granada.

Alonso de Ojeda estaba precisamente formado para distinguirse en su escuela. Era pequeño de cuerpo, pero bien formado; y de una fuerza y actividad maravillosas; de espíritu elevado, mirada altiva que compensaba su falta de estatura; airoso y diestro ginete, buen soldado de infantería, hábil en el manejo de todas las armas, y célebre por su extraordinaria habilidad y destreza en todo género de ejercicios de fuerza y agilidad.

Debía ser aun sumamente joven, cuando siguió en calidad de paje al duque de Medinaceli á pelear contra los infieles; pues apenas contaba veinte y un años cuando acompañó á Colon en su segundo viaje, y no obstante, ya se habia distinguido por su carácter emprendedor y su valor temerario. Las proezas que ejecutó durante aquella expedición, contribuyeron á aumentar su fama. Volvió á España con Colon, pero

(1) Varones ilustres, por Pizarro y Orellana, pág. 44. Las-Casas, Hist. Ind., lib. 1, cap. 82.

no le acompañó en su tercer viaje, que se verificó en la primavera de 1498. Se supone que no podia sufrir la subordinación, y ambicionaba un mando independiente que esperaba obtener con la influencia de sus relaciones.

Tenia un primo hermano de su mismo nombre, el reverendo padre Alonso de Ojeda, fraile dominico, que era uno de los primeros inquisidores y gran favorito de los Reyes Católicos (2) y además íntimo amigo del obispo don Juan Rodriguez Fonseca: este manejaba en aquel tiempo todos los negocios concernientes á las Indias, nombre que comprendía todas las tierras descubiertas en el Nuevo Mundo. Por los buenos oficios del primo inquisidor, fue Ojeda presentado al obispo, el cual le tomó bajo su especial patrocinio. Ya se ha hecho mérito en la Historia de Colon del regalo con que este obispo obsequió á Ojeda, consistente en una pequeña imagen de la Virgen Santísima, de la escuela flamenca. El joven aventurero llevaba la efigie consigo, como un talisman salvador, invocándole en cualquier peligro que se hallase, ya fuese por mar ó por tierra; y á su especial proteccion, atribuía la notable circunstancia de no haber sido herido en ninguna de las innumerables escaramuzas y batallas á que le arrastraban la impetuosa de su carácter y la irascibilidad de su temperamento.

Mientras Ojeda estaba ocioso en la corte, se recibieron cartas de Colon, noticiando los sucesos ocurridos en su tercer viaje, particularmente su descubrimiento de las costas de Paría, de las cuales decia que eran muy abundantes en drogas y especería, plata, oro y piedras preciosas, sobre todo en perlas orientales, y que formaban los límites de aquella vasta y desconocida region del Este, donde, segun algunos sabios teóricos, se hallaba situado el paraíso terrenal. Acompañaban su epístola muestras de varias clases de perlas obtenidas de los naturales y algunos mapas descriptivos de su derrotero. Estas noticias causaron profunda sensación en los aventureros marinos españoles; pero ninguno se conmovió tanto como Alonso de Ojeda, quien por su intimidad con el obispo, podia enterarse plenamente de la correspondencia y mapas de Colon. Sin tardanza concibió el proyecto de hacer un viaje por el camino que habia marcado el Almirante, y apoderarse antes que ninguno de los frutos abandonados de aquel descubrimiento. Fonseca acogió la idea de Alonso, como implacable enemigo que era de Colon, aceptándola con igual placer que todos los que se dirigian á herir su amor propio ó mortificarle.

Autorizó á Ojeda para tripular un buque y proceder inmediatamente á un viaje de descubierta, con la única prohibición de no anclar en ningun país perteneciente á Portugal, ni en ninguna de las tierras descubiertas por los españoles antes del año 1495. Esta última cláusula parece haber sido introducida

(2) Pizarro, Varones ilustres.

sagazmente por el arzobispo, á fin de dejar las costas de Pária y la pesca de las perlas á disposicion de Ojeda, pues habian sido recientemente descubiertas por Colon en el año 1498.

La comision estaba firmada solo por Fonseca, en virtud de los poderes generales de que se hallaba investido; pero la firma de los soberanos no autorizó este documento: y aun es dudoso que se pidiera su sancion en aquel caso. El obispo sabia que Colon habia reclamado últimamente contra una orden dada por los reyes en el año 1495, permitiendo que se hiciesen viajes de descubrimiento por aventureros particulares, en consecuencia de lo cual se habia revocado aquella, como perjudicial á los privilegios estipulados con el Almirante (1). Por esta razon es probable que Fonseca evitase una cuestion que hubiera podido frustrarlo todo, seguro de que al fin no le parecería mal á Fernando ver extendidos sus dominios en el Nuevo Mundo, aunque se debiese á los descubrimientos de simples aventureros, viajando estos á expensas propias. Habíase estipulado en estas y otras licencias dadas posteriormente, que el cuatro ó el cinco por ciento quedaria á beneficio de la corona.

Obtenido ya por Ojeda el permiso de emprender su viaje, faltaba solo buscar los medios. El no era más que un jóven aventurero, un soldado de fortuna, destituido de bienes; pero tenia una alta reputacion de arrojado y emprendedor. Creyóse, pues, que pronto se abriría una carrera en las ricas regiones nuevamente descubiertas; y que todas las riquezas de la India se pondrían á su disposicion; de forma que no halló dificultad en asociarse á los mas ricos comerciantes de Sevilla, quienes en aquella época apasionada por los descubrimientos, no temian exponer sus caudales en manos de osados navegantes.

Con tal apoyo, pronto equipó una escuadrilla de cuatro bajeles en el Puerto de Santa María. Entre los marineros que se alistaron, habia muchos de los que acompañaron á Colon en su viaje y que acababan de llegar de las mismas costas de Pária. El principal socio de Ojeda, y en quien tenia gran confianza, era Juan de la Cosa, su primer piloto; atrevido vizecaino, que debia ser considerado como discípulo de Colon, con quien habia navegado en su segundo viaje, cuando costeó á Cuba y la Jamaica, y que despues acompañó á Rodrigo de Bastides en una expedicion que hizo á Costa-Firme. Este intrépido veterano era considerado por sus compañeros como el oráculo de los mares, como uno de los mas inteligentes marinos de aquel tiempo; no es, pues, de extrañar que en su inocente vanidad se creyese un segundo Colon (2).

Otro distinguido socio de Ojeda en aquel viaje fue Américo Vespucio, comerciante florentino, que inducido por su propension á andar errante y por su quebrantada fortuna, iba á probar los mares del Nuevo Mundo. Ignórase si tenia algun interés pecuniario en la expedicion, y en clase de qué se embarcó, pues nada ha llegado hasta nosotros sobre el particular.

Su importancia provino de circunstancias subsiguientes: escribió y publicó una narracion de sus viajes, y debió á una eventualidad el inmortalizar su nombre, imponiéndolo al hemisferio descubierto por Colon.

CAPITULO II.

Salida de España.—Llegada á las costas de Pária.—Costumbres de aquellas naciones.

OJEDA se dió á la vela desde el Puerto de Santa María el 20 de mayo de 1499. Llegó de arribada á las Canarias, donde tomó refrescos y volvió á hacerse á la mar, saliendo de la Gomera y siguiendo el mismo

(1) Navarrete, tom. I, Dec. CXIII.

(2) Navarrete, Colec. de Viajes, tom. III, pág. 4.

derrotero de Colon en su tercer viaje: sirviéronle al efecto los mapas que remitió y los marineros que le habian acompañado. Al cabo de veinte y cuatro dias avistó el continente del Nuevo Mundo, doscientas leguas mas al Sur que la parte descubierta por Colon, siendo como se supone, las costas de Surinán (3).

Desde allí corrió á lo largo de las del golfo de Pária, pasando por las embocaduras de muchos rios, particularmente por las del Esquivo y el Orinoco. Este último llenó de admiracion á los españoles, no acostumbrados á ver los poderosos rios del Nuevo Mundo, arrastrando tal prodigiosa cantidad de agua, que es bastante á dulcificar las del mar por largo trecho. No se ofreció á su vista ninguno de los naturales hasta que llegaron á la isla de la Trinidad, donde encontraron vestigios del reciente paso de Colon.

En sus cartas hace Vespucio una larga descripcion de los habitantes de aquella isla y de las costas de Pária. Eran de raza caribe, altos, bien formados y vigorosos, diestros en el manejo de la flecha, lanza y escudo. Su descripcion es muy parecida á la de las demás aborígenes del Nuevo Mundo, con variaciones pequeñas, pero dignas de notarse.

Cuenta que carecian de toda creencia religiosa, y por consiguiente de cualquiera especie de culto, sacrificios ú oraciones; pero por su manera voluptuosa de vivir, pudiera considerárseles como discípulos de Epicuro. (4) Sus habitaciones estaban construidas de troncos de árboles, en forma de campana, y cubiertas con hojas de palmera, capaces de resistir al viento y á la lluvia.

Parecian de pertenencia comun, pues algunas eran de tal tamaño, que cabian en ellas seiscientas personas: en un sitio habia ocho grandes casas, capaces de contener diez mil habitantes. Cada siete ú ocho años tenian que cambiar de residencia, á causa de las enfermedades producidas por la falta de ventilacion y acumulacion de individuos.

Toda su riqueza consistia en cuentas y adornos hechos de huesos de pescado; en piedrecitas blancas y verdes ensartadas como rosarios, con las cuales adornaban sus personas y en las magnificas plumas de varios colores que distinguen á los pájaros tropicales.

Los españoles se reian de la simplicidad de aquellas buenas gentes, que atribuian tanto valor á fruslerias de suyo insignificantes; y ellos, por su parte, se admiraban tambien probablemente de que los extranjeros mostrasen tal codicia por recoger el oro, las perlas y piedras preciosas, que en su concepto eran cosas inútiles.

Su modo de tratar á los muertos, se asemejaba al observado entre los naturales de algunas otras islas. Despues de depositar el cuerpo en un sepulcro ó caverna, le ponian un jarro de agua y algunos comestibles á la cabecera, y lo abandonaban sin ninguna especie de sentimiento ni pesar. En varias partes de la costa, cuando se consideraba que una persona estaba próxima á su fin, algunos de sus parientes mas próximos la llevaban á los bosques, y la dejaban en una hamaca suspendida de los árboles. En seguida se ponian á bailar á su alrededor hasta la tarde, y dejándole suficientes víveres y agua para alimentarse cuatro dias, se volvian á sus casas. Si se restablecia y tornaba á la poblacion, la recibian con grandes ceremonias de júbilo; pero si moria por efecto de su enfermedad ó por hambre, nadie se acordaba mas de ella.

El sistema que tenian de curar la calentura, es tambien digno de atencion. Cuando el paciente estaba en el mayor acceso, le sumergian en un baño de agua muy fria, despues de lo cual le obligaban á hacer muchas evoluciones alrededor de un gran fuego, hasta que

(3) Navarrete, tom. III, pág. 5.

(4) Viajes de Vespucio, Navarrete, tom. III, pág. 211.

llegaba á un grado excesivo de calor, y entonces le metian en la cama para que durmiese: dice Américo Vespucio, que vió varias curas practicadas por este método.

CAPITULO III.

Navegacion por Costa-Firme.—Expedicion militar de Ojeda.

DESPUES de haber tocado en algunos puntos de la Trinidad y del golfo de Pária, pasó Ojeda por el estrecho de la boca del Dragon, que para Colon habia sido tan formidable, y dirigió su rumbo á lo largo de las costas, saltando entierra una que otra vez, hasta que llegaron á Curiana ó golfo de las Perlas. Desde allí hizo rumbo en direccion opuesta, y arribó á la isla Margarita, descubierta ya por Colon, y muy nombrada por su abundante pesca de perlas. Visitó esta y otras islas adyacentes; y despues de haberlas explorado, se volvió al punto de partida principal, tocando en Cumana y Maracapaná, en donde encontró los rios infestados de caimanes muy parecidos á los cocodrilos del Nilo.

Habiendo hallado un buen fondeadero en Maracapaná, descargó y carenó allí sus bajeles, y construyó un pequeño bergantin.

Los naturales del país acudian en tropel á traerles carne de venado, pescado y pan de cazabe, y ayudaban á los marineros en sus trabajos. Su hospitalidad no dejaba de llevar algunas miras interesadas, porque querian captarse la proteccion de los españoles, creyéndoles unos seres sobrehumanos. Cuando calcularon que podrian contar con ellos, se dirigieron á Ojeda, suplicándole, que los protegiese contra las invasiones de los moradores canibales de cierta isla distante, que iban á incomodarles á menudo; llevándolos prisioneros para comérselos en sus banquetes.

Esta peticion lisonjaba en extremo los belicosos instintos de Ojeda, y su amor á las aventuras; así es que inmediatamente fue concedida. Tomó por guías á siete indígenas, y se hizo á la vela en busca de los canibales. Despues de siete dias de navegacion, llegó á un grupo de islas, de las cuales unas estaban habitadas y otras desiertas; se supone eran las islas Caribes. Una de ellas fue designada por los guías, como la morada de sus enemigos. Veíase á lo largo de sus costas multitud de guerreros salvajes, adornados con coronas de vistosas plumas y pintados sus cuerpos de varios colores. Estaban armados de arcos, flechas, dardos, lanzas y escudos, y en aptitud de defender sus hogares contra cualesquier invasores.

Aquel aparato guerrero contribuyó á despertar el espíritu marcial de Ojeda.

Fondeó, puso en orden sus lanchas, y armó á cada una de estas con un pedrero. Además de los remeros, cada lancha contenia un número regular de soldados, á quienes habia mandado que permaneciesen ocultos. Adelantó con resolucion sus botes hácia la playa; los indios les dispararon una nube de flechas, pero sin gran resultado, y como vieses que aquellos seguian avanzando, se arrojaron al mar blandiendo sus lanzas para impedir el desembarco.

Descubriéndose entonces los soldados, descargaron los pedreros, y los salvajes amedrentados con el ruido y el humo de estas arenas para ellos desconocidas, huyeron despavoridos hácia la orilla.

Ojeda y su gente saltaron en tierra y los persiguieron con ardor.

Replegaronse los caribes y sostuvieron un encarnizado combate por largo tiempo, mostrando el valor salvaje, peculiar de su raza: perseguidos y estrechados por todas partes, acudieron como último recurso, al abrigo que les ofrecian sus bosques, dejando muchos muertos y heridos en el campo de batalla.

Al otro dia se presentaron los salvajes en la playa,

mayores en número que el precedente, armados, pintados y adornados con sus plumas de guerra, haciendo un ruido infernal con sus conchas y tambores, y desafiando al combate. Ojeda volvió á saltar en tierra con cincuenta y siete hombres, que dividió en cuatro compañías; mandando cargar al enemigo en diferentes direcciones. Los caribes lidiaron largo espacio cuerpo á cuerpo, desplegando gran maestria y agilidad en cubrirse con sus escudos; pero al fin fueron enteramente derrotados, sufriendo una horrible carnicería. De los españoles solo murió un hombre, quedando veinte y uno heridos: tal era la ventaja que les daba su armadura sobre los salvajes desnudos.

Despues de haber saqueado y quemado las casas, se retiraron Ojeda y los suyos triunfantes á sus bajeles, llevando gran número de caribes cautivos; y en seguida se hicieron á la vela para volver al país de donde habian salido. Ojeda repartió una parte del botín entre los siete indios que le habian servido de guías, depachándolos contentos á sus casas; para que contasen á sus compatriotas la terrible venganza que habian tomado de sus enemigos, y permaneció en el fondeadero hasta que su gente se hubo reprobado de las heridas (1).

CAPITULO IV.

Descubrimiento del golfo de Venezuela.—Sucesos en él.—Ojeda reconoce el golfo.—Penetra en Maracaibo.

REPUESTA la tripulacion y curadas las heridas de sus soldados, levó Ojeda el ancla, y tocó en la isla de Curazao, que segun las relaciones de Vespucio, estaba habitada por una raza de gigantes; «las mujeres eran todas Pentesileas, y los hombres Anteos.» (2) Como Vespucio habia sido estudiante, y suponía estar explorando las regiones mas apartadas al Este, teatro antiguo de la fábula, su imaginacion se acaloró sin duda, y le representó las asombrosas maravillas que los indios contaban de sus vecinos los canibales; bajo el aspecto de sus recuerdos mitológicos. Lo cierto es que los viajeros que visitaron despues de él aquellas islas, dicen que las hallaron pobladas de hombres de estatura ordinaria.

Navegando siempre á lo largo de la costa, arribaron á un vasto y profundo golfo que parecia un tranquilo lago; y habiendo entrado en él, quedaron sorprendidos al distinguir hácia la parte del Este, una poblacion de construccion fantástica. Constaba de veinte grandes casas en forma de campana, levantadas sobre estacas clavadas en el fondo del lago, que por aquella parte era de poca profundidad y sus aguas muy cristalinas. Cada casa estaba provista de un puente levadizo y de canoas para la fácil comunicacion de sus habitantes. Ojeda le dió el nombre de golfo de Venecia, por su semejanza con esta ciudad de Italia, la misma que hoy dia se conoce bajo el nombre de Venezuela, y que los indios llamaban Coquibacoa.

Luego que los habitantes repararon en las embarcaciones ancladas en la bahía, como si fueran apariciones submarinas, corrieron despavoridos á meterse en sus casas y levantaron los puentes levadizos para mayor seguridad.

Estaban los españoles entretenidos en contemplar aquella poblacion anfibia, cuando vieron entrar en la rada una multitud de canoas que volvia del mar. Al

(1) Hay cierta discrepancia entre las primitivas relaciones de esta batalla, respecto del tiempo y el lugar en que se verificó. El autor ha consultado las narraciones de Vespucio, Las-Casas, Herrera y Pedro Mártir y las declaraciones, dadas en el pleito de Diego Colon, y ha procurado en lo posible conciliar estas diferencias.

(2) Vespucio.—Carta á Lorenzo de Pedro Francisco de Médicis.

aspecto de las buques, se quedaron los indios mudos de estupor y asombro; pero así que los españoles quisieron aproximarseles, saltaron ligeramente en tierra y se internaron en los bosques. Al cabo de un instante volvieron, trayendo consigo diez y seis doncellas que embarcaron en las canoas y condujeron á bordo de los bajeles, dejando cuatro en cada uno, como ofertas de paz, ó presente de amistad y confianza. De este modo quedó establecida entre indios y españoles la mejor armonía; y los naturales acudieron en gran número, unos en sus canoas y otros nadando, á satisfacer su curiosidad, alrededor de las naves.

Sin embargo, la amistad de los salvajes era una estratagemas, porque de repente algunas viejas empezaron á dar gritos espantosos á la puerta de su casa, arrancándose los cabellos y haciendo ademanes extravagantes. Esta era sin duda la señal para romper las hostilidades. Las diez y seis ninfas se arrojaron al agua, nadando hacia la orilla; los indios, que estaban en las canoas, tomaron sus arcos dispararon una nube de flechas sobre los españoles, que se quedaron sorprendidos al ver tan brusco é inesperado ataque; los que nadaban alrededor de las embarcaciones, arrojaban dardos y lanzas, que habian ocultado debajo del agua.

Ojeda titubeó un momento, notando que hasta el agua hacia armas contra él; pero se repuso luego mandando aprestar sus lanchas, cargó con furia sobre el grueso de los enemigos, destrozó y echó á pique varias canoas, mató veinte indios, hirió muchos mas, y esparció tal terror pánico, que los que quedaban vivos, se arrojaron al mar y ganaron la orilla á nado. Tres de ellos y dos de las muchachas cayeron en manos de los españoles, que los condujeron á bordo y cargaron de cadenas; pero con todo, uno y las dos muchachas, hallaron modo de escaparse aquella misma noche.

Cinco hombres tuvo Ojeda fuera de combate; mas ninguno pereció. Reconoció las casas; las halló abandonadas y vacias de todo; mas á pesar de la hostilidad inmotivada de los habitantes, respetó los edificios para no causar una irritacion inútil en toda la costa.

Signió explorando el golfo, y encontró un puerto seguro, al que dió el nombre de San Bartolomé, que se supone ser el mismo conocido hoy con el nombre de Maracaibo, que es como lo llamaban los indios. Allí accediendo á las súplicas de los naturales, destacó veinte y siete hombres para que reconociesen el interior. Por espacio de nueve dias fueron conducidos de pueblo en pueblo, festejados, agasajados y casi divinizados por los indios, que los miraban como unos seres sobrehumanos descendidos del cielo; bailaban á su rededor las danzas del país con la mayor destreza y agilidad, y cantaban sus baladas tradicionales para entretenerlos y divertirlos.

Los naturales de aquel país se hacian notar por la hermosa proporcion y simetría de sus formas; las mujeres sobre todo, en concepto de los españoles, sobrepujaban en gracia y hermosura á todas las que habian visto hasta entonces en el Nuevo Mundo. Los hombres no manifestaban el carácter zeloso y suspicaz de los demás habitantes de la costa; al contrario, permitian á los extranjeros tratar con franqueza é intimidad á sus mujeres é hijas.

Así que los españoles trataron de reembarcarse, el país en masa se esforzó en agasajarlos: hombres y mujeres querian honrarlos, cada uno á su manera. Unos preparaban literas y hamacas para conducirlos y que no se cansasen en el camino, considerándose muy feliz el indio que obtenia de un español permiso para llevarle sobre sus hombros y pasar con él el rio. Otros venian cargados de presentes que habian recogido en sus chozas, y consistian en requi-

simas plumas, armas de varias clases, pájaros y animales del trópico. De este modo volvieron los españoles en triunfante procesion á sus bajeles, mientras que los bosques y las orillas resonaban con cántidos y gritos en su alabanza.

Muchos de los indios se metieron en tropel en las lanchas que habian venido á tierra; otros se embarcaban en canoas, ó se arrojaban á nado: así que, en pocos minutos los buques se trajeron sobrecargados con mas de mil de aquellos maravillados salvajes.

Para aumentar su asombro, mandó Ojeda disparar un cañonazo, cuyo sonido, segun dice Vespucio, «hizo que los indios se arrojasen al mar, como los sapos á una laguna.» Mas luego que vieron que esto no se habia hecho con intencion de ofenderles, volvieron á bordo y pasaron el resto del dia con grande algazara. Los españoles se trajeron consigo algunas de aquellas hermosísimas y hospitalarias mujeres; una de las cuales, á quien dieron por nombre Isabel, se captó el amor de Ojeda; y le acompañó en su siguiente viaje (1).

CAPITULO V.

Prosigue su viaje.—Vuelta á España.

Al abandonar Ojeda el hospitalario puerto de Coquibacoa, continuó costearo hacia el Oeste de Venezuela, y despues de doblar el cabo de Maracaibo, prosiguió su viaje puerto por puerto, promontorio por promontorio, hasta que llegó á una larga y estrecha lengua de tierra, llamada cabo de la Vela.

El estado de sus buques, ó quizás el ver que sus esperanzas le salian fallidas, porque no hallabalos medios de enriquecerse con prontitud como habia pensado, le indujeron entonces á abandonar las costas, y cambiando de rumbo, se dirigió al mar Caribe en busca de la Española. Segun las órdenes recibidas, le estaba prohibido visitar esta isla; pero Ojeda no era hombre que retrocedia fácilmente ante esta clase de obstáculos: los pequeños cuando su interés ó sus inclinaciones le estimulaban á vencerlos. Procuró disculpar la infraccion de las órdenes que tenia, con el especioso pretexto del mal estado de sus naves, las cuales necesitaba carenar y reparar, y tambien con el de procurarse provisiones. Su verdadero objeto es de suponer fuese cortar palo de tinte, que abunda en la parte occidental de la Española.

Ancló en Yaquimo y saltó en tierra, acompañado de una gran parte de los suyos. Colon, que gobernaba la isla, luego que supo la llegada de aquellos intrusos, despachó á Francisco Roldan, el rebelde de otro tiempo para que pidiese cuentas á Ojeda sobre el hecho. La lucha de estratagemas y artificios que se trabó entre estos dos sagaces y osados aventureros, ha

(1) Navarrete, tom. III, pág. 8. Idem, pág. 107 y 108.

Es digna de particular mencion la circunstancia de que Ojeda en la relacion que hizo de su viaje, al rey le informó de un encuentro que hubo con viajeros ingleses cerca de Coquibacoa. El gobierno español dió tanta importancia á la noticia, que adoptó varias medidas para evitar la intrusion de los ingleses en aquellos parajes. Es singular que no exista memoria alguna acerca de esta primitiva y extensa expedicion de navegantes ingleses; si se hubiera emprendido en servicio de la corona, se habria encontrado algun documento concerniente á ella en los archivos del reinado de Enrique VII. Los ingleses habian descubierto ya el continente de la América del Norte, descubrimiento hecho en 1497 por Juan Cabot, veneciano, acompañado de su hijo Sebastian, natural de Bristol. Estos navegaban con licencia de Enrique VII, á quien debian pagar el quinto de los productos de su viaje, y el 24 de junio descubrieron á Terra-nova, despues de lo cual costearon el continente hasta la Florida, volviendo á Inglaterra con un rico cargamento y varios indigenas. Este fue el primer descubrimiento del continente de América; y acaso el buen éxito de la expedicion de Cabot dió origen á la que encontró Ojeda en las cercanias de Coquibacoa.

sido ya descrita minuciosamente en la historia de Colon. Por entonces Roldan quedó victorioso, y Ojeda tuvo que abandonar la Española, reducido á andar vagando por las islas contiguas, de donde se llevó gran número de habitantes. Llegó por fin á Cádiz en junio de 1500, cargado de cautivos que vendió como esclavos.

Tan pobre fue el resultado de la expedicion, que, segun se dijo, despues de cubiertos todos los gastos,

no quedaron mas que 500 ducados que repartir entre cincuenta y cinco aventureros. Contribuyó á hacer aparecer este resultado mucho mas pobre y sensible, el que una pequeña expedicion que habia salido despues de Ojeda, volvió dos meses antes que él, rica con los despojos del Nuevo Mundo.

Preciso es referir, aunque ligeramente, aquella expedicion, para no interrumpir esta serie de empresas subalternas.

PEDRO ALONSO NIÑO,

CRISTÓBAL GUERRA.

(1499)

El permiso concedido por el obispo Fonseca á Alonso de Ojeda para hacer una expedicion particular al Nuevo Mundo, despertó la emulacion de otros compañeros de Colon. Entre ellos se cuenta á Pedro Alonso Niño, atrevido marino, natural de Moguer, cerca de cabo de Palos, á quien Colon habia llevado de piloto en su primer viaje, y durante sus cruceros por las costas de Cuba y Pária. (1) Pronto obtuvo un permiso igual al que habia obtenido Ojeda, y como él, se procuró los medios de embarque entre algunos ricos negociantes de Sevilla. Uno de estos, llamado Luis Guerra, prometió armar una carabela: pero con la condicion, de que su hermano Cristóbal Guerra la habia de mandar. La pobreza de Niño le obligó á condescender en todo lo que quiso exigirle el negociante, y se hizo á la mar, como subalterno, en una expedicion promovida por él; pero sus conocimientos marítimos y su inteligencia pronto le colocaron en el primer lugar: él era el capitán de hecho, y últimamente se llevó toda la gloria de aquel viaje. La embarcacion no tenia mas que cincuenta toneladas de porte, y estaba tripulada con solo treinta y tres hombres; mas los aventureros, sin cuidarse de lo escaso del armamento, emprendieron una larga y peligrosa travesía por mares desconocidos, para explorar los países salvajes de aquel vasto continente, recientemente descubierto por Colon; tal era la intrepidez de los marinos españoles en aquella época.

A principios de junio de 1499, y algunos dias despues de la salida de Ojeda, zarparon del pequeño puerto de Palos, cuna de los descubrimientos del Nuevo Mundo y cuyos hábiles y valientes marinos continuaron sobresaliendo en todas las expediciones dirigidas á las Indias. Guiados por las cartas marítimas de Colon, siguieron su derrotero, llegando al continente del Sur, un poco mas allá de Pária, como unos quince dias despues de haber sido visitada esta costa por Ojeda.

Desde allí navegaron hacia el golfo de Pária, bajaron á tierra para cortar maderas de tinte y fueron tratados amistosamente por los naturales. Poco tiempo despues, saliendo del golfo por la boca del Dragon, hallaron diez y ocho canoas de caribes, piratas y ladrones de aquellos mares, terror de los países circunvecinos. Esta escuadra salvaje, en lugar de sobrecojerse á la vista de un buque europeo, cuyas hinchadas velas le daban la apariencia de un alado monstruo marino, lo consideraron solo como un objeto de pillaje

y lo asaltaron con una lluvia de flechas. El estruendo repentino del cañon y la horrible carniceria que causó entre los salvajes los llenó de terror y los obligó á huir en todas direcciones. Sin embargo, los españoles lograron apresar una canoa, con el guerrero que la conducia. En el fondo habia un infeliz prisionero, atado de piés y manos; pusieronle en libertad; y él se explicó por medio de señas, dando á entender, que los caribes venian de una expedicion á las islas contiguas, en donde habian robado y saqueado á su placer, encerrándose de noche en una estacada que traian al efecto, y saliendo de dia á robar las poblaciones y hacer prisioneros. El quedaba únicamente de siete que eran; sus compañeros habian sido devorados á su vista en los banquetes abominables de sus enemigos; y á él le esperaba la misma desgraciada suerte. El honrado Niño y sus compañeros se indignaron tanto oyendo aquella narracion, que acordaron creyendo que ejercian así un acto de justicia distributiva, poner á disposicion del salvaje á su opresor, para que obrase con él á su arbitrio. El indio se arrojó inmediatamente sobre el indefenso caribe con tal furia, que no quedó su venganza satisfecha hasta que no le hubo muerto á puñetazos y patadas: entonces arrancó la cabeza del cuerpo, y clavándola en un palo, la elevó en alto como trofeo de su venganza.

Niño y sus aventureros se dirigieron en seguida á isla Margarita, donde negociaron gran cantidad de perlas. Despues costearon hacia Cumaná, comerciando con gran cautela y artificio de puerto en puerto. Cuando los salvajes se presentaban en gran número, permanecian á bordo de su pequeño buque, y obligaban á aquellos á ir á buscarlos en sus canoas; pero si el país ofrecia alguna seguridad, solian bajar á la playa y aun internarse. Generalmente fueron bien tratados por los naturales: estos iban enteramente desnudos, y algunos llevaban brazaletes y collares de perlas, que entregaban á los españoles sin retribucion de ninguna especie, ó cambiaban por cuentas de cristal ó chucherias semejantes, causándoles gran risa ver que los españoles hiciesen tanto caso de las que ellos creian bagatelas (2).

Los aventureros estaban admirados de la magnitud y densidad de los bosques que vieron en aquella costa propios de regiones húmedas y calorosas, donde la vegetacion se desarrolla de un modo sorprendente. Oian en lo interior de su espesura gritos y ru-

(1) Declaracion de Bastides en el pleito de Diego Colon.

(2) Las-Casas, Hist. Ind., lib. I, cap. 171.